

barandilla del balcón... Eso es. ¡Mirad, y hartaos!

Nieves prorrumpió en exclamaciones de entusiasmo, y Catana, con los ojos muy abiertos, se quedó como una estatua. Don Alejandro se gozaba como un chiquillo en el éxtasis de las dos.

— ¡Échate leguas de mar! — comenzó diciéndolas, — por el frente, por la derecha, por la izquierda: infinito por todas partes, menos por esta en que está el palco de Pelecheros para recrearse los Bermúdez en contemplar esa maravilla de Dios... Y no se me salga ahora con que se ha visto la mar en Cádiz ó en Bonanza, ¡canástoles! porque no admito la comparación. Mar será ella, como son mares otras muchas que se pudieran citar; pero no son esto, ni por lo grande, ni por lo hermoso, ni por estar como colgadito del tejado, á la misma puerta del balcón, para deleite de los ojos al abrirlos en la cama. Y que no vale mentir... ¿Ves ese antepecho de la derecha, Nieves? Pues es uno de los dos claros que tiene tu gabinete. ¿Ves este otro de la izquierda? Pues corresponde al gabinete que

tiene la entrada por el comedor... el reservado para lo que tú sabes... De manera que no me salgo de lo cierto al decirlo que desde la misma cama se puede recrear la vista en este asombro. Llano y sosegadito está ahora como el cristal de un espejo, y gusto da ver cómo saltan y centellean en él las chispas del sol que va subiendo poco á poco; pero no sé si os diga que le prefiero y me gusta más cuando se le hinchan las narices... ¡Ah, lagartija de secano! Aquí te quisiera yo ver cuando esa llanura se encrespa y ruge y babea y comienza á hacer corcovos, y echa las crines al aire, y no cabe ya en su redondel, y embiste contra las barreras bramando á más y mejor, y se esquila canto á canto, y vuelve á caer, y vuelve á embestir por aquí, por allá y por cincuenta partes á un tiempo... ¡Dios, qué rugidos aquellos, y qué espumarajos y qué...! Entonces no es azul como ahora, ¡quíá!... las iras la vuelven cárdena... En fin, que tiene mucho que ver... Y á todo esto y por mucho que la mar se embrazca, el puerto, aquel rinconcito de la izquierda, lo mismo que un vaso de agua.



Y se explica bien: sus contornos interiores son como dos curvas de un paréntesis; la una, la de allá, mucho más saliente que la otra; de manera que resulta por aquel lado una muralla, un cabo que sirve de rompe-olas del Noroeste, que es de donde vienen siempre los grandes temporales de esta costa; y como los de Levante son rarísimos, haceos la cuenta de que dormir en este puerto es como dormir en la cama.

— Pero ¿dónde están los barcos? — preguntó Nieves.

— ¿Qué barcos, hija?

— Los del puerto. No veo ninguno.

— Eso es harina de otro costal... ¿No recuerdas lo que, á este propósito, te leí en Sevilla, de la carta de don Claudio?

— Es verdad: que no hay más que un vapor... cuando le hay. Pues ahora no está.

— No lo sabemos; porque el saliente de la torre nos impide ver el fondeadero, que está muy arrimado á la villa. Desde la otra fachada lo veremos con lo que nos falta que ver de todo el panorama circundante...

— ¡Ay, papá! — exclamó Nieves de pron-

to, — ¡lo que yo gozaría correteando en un barquichuelo por esas llanuras tan azules!

— ¡Cabá! — saltó la rondeña estremeciéndose: — pa que la niña ze malograra á lo mejó...

Soltó una risotada el tuerto Bermúdez y dijo:

— Me gusta que te tiente ese deseo, Nieves, y te prometo satisfacértele muy á menudo, sin los riesgos que asustan á Catana... Mira un vapor...

— ¿En dónde?

— En el horizonte... Fíjate bien en el punto que yo señalo.

— Ya le veo... ¿Le ves tú, Catana?

— No le veo, niña.

— ¿No ves un penacho de humo sobre una mancha negra?

— ¡Ajá! Ahorita le guipé...

— Y ¿no veis más acá unas motitas blancas, como triangulitos de papel?

— Sí que las veo, — respondió Nieves.

— Pues son lanchas de pescar.

— ¡Tan allá?

— ¡Yo lo creo!

— Y ¿de dónde son?



— De los puertos de esta costa... Dios sabe de cuál de ellos... Porque ¡cuidado que es línea larga, eh?... Vete pasando la vista sobre ella de extremo á extremo... Lo menos cuarenta leguas.

— ¡Jezú!

— Y no rebajo una pulgada, señora rondeña... Y á propósito: ¿para cuándo deja usted el morirse? ¿Por qué no se ha muerto ya?

— ¿De qué, zeñó?

— De asombro.

— Con la venia de zu merzé, — contestó la serrana, — me queo un ratico má: jasta el otro espanto.

— ¿Cuál?

— El mayó que me ha e dá zu merzé.

— ¿Luego te parece poco lo que estás viendo?

— Psch... Asín, asín.

— Vamos, Nieves, es cosa de matarla de veras.

— No te apure la flema de esta socarrona, — dijo Nieves dándola un pellizco en el brazo que estaba más al alcance de su mano derecha, — que aunque no fuera

embuste lo que aparenta, aquí estoy yo que me he asombrado por las dos...

— Lo creo, y eso me consuela y la salva á ella de una desgracia... Y ahora, vamos á la otra fachada para ver lo que resta; que la maravilla de este lado aquí quedará aguardándote, por mucho que tardes en volver á saborearla... Siganme, que ya voy andando por el mismo camino que nos trajo acá... Tuerzan á la derecha ahora... Esta es la entrada á la cocina y sus accesorias... Esta es la puerta del comedor... Otra cuatropsea como la sala... ¿eh, Nieves? Bien que ya la viste anoche... El gabinete de que te hablé antes... Un balcón y dos antepechos... Vamos al balcón... No es maleja esta vista tampoco, ¿verdad, Nieves?

— ¡Hermosa! — contestó Nieves con entusiasmo.

— ¡Yo lo creo! — añadió su padre. — Parte de la mar que vimos desde ese otro lado, y el puerto entero y verdadero... Mira, allí tienes el muelle, con... uno, dos, tres... tres botecillos, ó lo que sean, porque no se distinguen bien á tan larga



distancia. De vapor, ni señal, hija. Pues vete mirando desde el muelle hacia tierra: toda la villa, con su barrio de labradores, que parece un aduar de Marruecos; detrás del aduar, el estero con sus junqueras, adonde viene á desembocar el río que ha bajado de aquellas alturas rozando un buen pedazo del perfil de la vega. No se le ve el cauce, pero te le va señalando bien esa faja de vapores que se van elevando y deshaciendo con el sol, la abundancia de arbolado y cierto verdor del terreno... Repara con qué gracia está tendida Villavieja en el suyo. Ella es fea como un demonio, mirada calle á calle y casa por casa; pero vista en conjunto, hasta su color de hollín la hace gracia. La parte de acá, que está en rampa, aunque suave, no la podemos ver toda, porque nos lo impide el borde de la meseta sobre la cual estamos nosotros y á bastante distancia, pero se ve algo de lo principal... casi toda la Colegiata y un poco de los primeros edificios de la Costanilla, que arranca hacia acá del mismo costado de la Colegiata y es el camino más usado para venir desde la villa á Pelechés

y al paseo de la Glorieta, que es esa especie de alameda que ves á dos pasos de la entrada de este patio, un poco á la derecha. El paseo es bonito, porque lo son sus árboles chaparros; y la vista que se alcanza desde él y el aire salino que le refresca en verano, no tienen precio. Por el extremo de allá baja una senda que conduce al muelle sin tocar en la villa. La senda se llama del *Miradorio*, porque este nombre se da á aquel lejano término de la meseta por donde pasa para caer de repente cuesta abajo... Viniendo ahora con los ojos á cosas de menos fuste, para tomar nota de todo, aquí á plomo tenéis otro patio perte-





neciente á la casa, con su cerca y entrada correspondientes. Ese cobertizo es el gallinero; el que le sigue, leñera, y este otro de enfrente con honores de casita con la mitad de la panza fuera del cercado, cuadra y pajar... Después os enseñaré la planta baja y el piso alto y hasta los desvanes, para que os vayáis orientando dentro del venerable palomar de Pelechés. Abajo veréis el Oratorio, que, según noticias y por encargados encargos míos, se conserva bien y servible. Si hallamos cura, nos dirá la misa en él; si no, iremos á oirla á la Colegiata, que no está lejos... si el tiempo lo permite; porque si no lo permite, con la buena intención cumplimos...

Nieves lo miraba todo hasta con voracidad, y escuchaba á su padre delectadísima. Catana, con los brazos uno sobre otro, según su eterna costumbre cuando nada tenía que hacer con ellos, y con la cabeza algo inclinada, revolvía los ojos negros y bravíos, de las cosas señaladas á don Alejandro, y de don Alejandro á Nieves, evitando siempre el choque de la mirada de aquél con el rayo de la suya; pero muy

poseída del cuadro y, acaso acaso, gozosa, aunque no lo declarara.

— Si yo viviera aquí mucho tiempo, — continuó el buen Bermúdez, — arreglaría las cosas de manera que tú, hija mía, sacaras á estas singulares ventajas que rodean á Pelechés, todo el interés y la sustancia que ellas son capaces de dar, para hacerte la vida, no solamente llevadera, sino deleitosa. Tendría, por ejemplo, una embarcación ligerita y segura, para recrearte y recrearnos en los placeres de la mar; haría convertir ó convertiría yo á mis expensas, ese mal camino que nos une con el del Estado, en una calzada en regla; tendríamos un carruaje cómodo que nos llevara y nos trajera por esas comarcas de Dios, tan dignas de visitarse, en lugar de las infames tartanas de que se puede disponer ahora por las condiciones de nuestros infernales caminos; tendría... ¡qué sé yo lo que tendría, en mi ardiente deseo de verte gozosa y alegre y sana en el solar de nuestros mayores! Pero esto has de resolverlo tú misma, y á tu resolución absoluta y soberana queda. Conste así, con el testimonio,



algo sospechoso, de cierta zaina rondeña que nos escucha, reventando por declarar que no vale toda su tierra de lobos contrabandistas, un puñado de lo que se coja en la parte más triste de cuanto se ve desde Peleches. Entretanto, echaremos mano de los recursos de que podemos disponer, hoy por hoy; y con ellos solamente, yo te prometo, hija mía, que si perseveras en tus buenos propósitos, no has de aburrirte un minuto aquí, por muy recio que llegue á tronar, como Dios nos dé salud... Ahora, y por de pronto, tenga usted la bondad, señora Catana, de ordenar que se nos sirva en seguidita el desayuno; y con las fuerzas que nos dé y mientras le tomamos, ó de sobremesa, haremos el plan de campaña para hoy, ó para toda la quincena, si nos conviene á ti y á mí. ¿No es cierto, Nieves?... Pues andando para dentro. Pero aguardaos un poco y oídme la última palabra, como ahora se dice: recorriendo con la vista la inconmensurable extensión de estos horizontes, y respirando el ambiente, medio terral, medio salino, que llena todo el panorama y anima y engrandece el es-

pectáculo de sus términos y detalles maravillosos, ¿no es verdad que se siente uno como más fuerte y más satisfecho? ¿que si se tienen penas se olvidan? ¿que si le dominan á uno rencores los acalla? ¿que si vacila entre lo cierto y lo falso, entre lo útil y lo pernicioso, entre lo nimio y lo grande, se le revela de pronto y como por milagro, la verdad desnuda y clara? ¿que no nos asalta, en fin, una idea que huelà á innoble, ni un deseo que no sea honrado? Respondedme con franqueza.

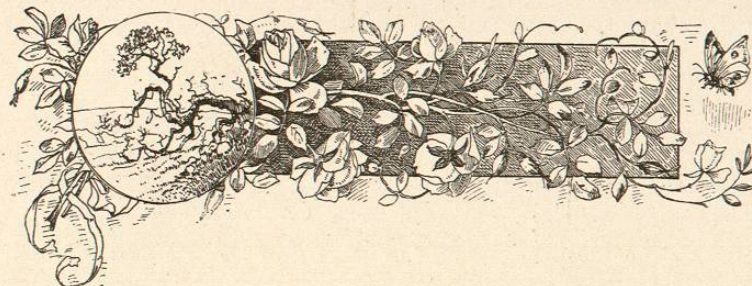
Se le respondió que sí inmediatamente; y satisfecho con la respuesta, don Alejandro Bermúdez rompió la marcha hacia dentro, diciendo á las dos mujeres, con el mayor entusiasmo, como si nunca se lo hubiera dicho hasta entonces:

— ¡Si no tiene escape! Dadme vosotras un aire puro, y yo os daré una sangre rica; dadme...

Cuando dijo la última palabra de esta conocida tesis, Nieves estaba ya sentada á la mesa del comedor, en espera del desayuno; la rondeña, en la cocina para que acabara la cocinera de prepararle, y abo-



cando al pasadizo frontero, don Claudio Fuertes y León, asombrándose de que hubieran madrugado tanto los insignes dueños y señores del caserón de Pelechés.



## VI

## ENTRE BUENOS AMIGOS

SEÑOR don Claudio! No podía usted llegar más á tiempo ni en mejor ocasión... ¡Catana!... ¡Catana!... ¿Café? ¿Chocolate? ¿Cosa de tenedor?... Con franqueza, don Claudio: lo que más apetezca y mejor le guste á estas horas... ¡Catana!...

— Pero, señor don Alejandro, ¡si yo no acostumbro á desayunarme hasta más tar-